

2426 Tracy Place, N.W.
Washington, D.C.
19 de Octubre del 1953.

Sr. Marqués de Luca de Tena
Serrano, 111
MADRID.

Mi querido Juan Ignacio:

No he tenido respuesta alguna tuya a la carta que el 11 del pasado Septiembre te dirigí en contestación a lo que publicaste en ABC el 11 de Agosto sobre mi intervención en el histórico vuelo del Generalísimo Franco desde Canarias a Marruecos en los primeros días del Movimiento, y ante la posibilidad de que mi carta se haya extraviado o no haya llegado a tus manos, me permito enviarte otra copia de ella que celebraré llegue a tu poder.

Por cierto que con fecha 28 de Septiembre, el General Franco Salgado, que acompañó al Generalísimo durante el mencionado vuelo y vivió con él en Canarias los días que precedieron al mismo, me ha escrito una carta de la que, para tu conocimiento, reproduzco el siguiente párrafo:

"La llegada del avión a Las Palmas sin traer ningún español a bordo, despistó por completo al Gobierno, que ordenó su detención por haber volado sin permiso por encima de Villa Cisneros: y hasta tal extremo, al Cónsul inglés, que el 17 de julio por la tarde me rogó que le presentase al General Franco para que éste influyera con el Gobierno para que concediese libertad de vuelo al avión de su nacionalidad. Si tu llegases a venir en él hubiera ello despertado grandes sospechas al Gobernador Civil y Policía española. La preparación de nuestro aterrizaje en Casablanca, alojamiento, salida para Tetuán, fué perfecta, debido a que tú estabas allí esperándonos y preparando el terreno haciendo conocimientos para despistar a la policía del Protectorado francés."

Debo decirte que aunque hubiera podido pedir la hospitalidad de las columnas de ABC para publicar mi respuesta del 11 de Septiembre, que hoy te envío por segunda vez, no lo hize por mi deseo de no continuar una polémica pública, unido a mi resistencia a publicar una respuesta tan contundente y definitiva. Por lo mismo agradecería tanto unas palabras tuyas.

Con todo afecto te saluda tu buen amigo,



Luis A. Bolín

Anejos.

2426, Tracy Place, N.W.
Washington, D.C.
Septiembre 11, 1953.

Sr. Marqués de Luca de Tena,
MADRID.

Mi querido Juan Ignacio,

Cuanto digo en mi rectificación del 27 Julio a la entrevista que publicaste en ABC el 18 de ese mes es absolutamente exacto, y lamento que un amigo como tú se lance a desmentirme públicamente, como hiciste en tu diario el 11 Agosto, sin base alguna para ello.

Mi versión es la verdadera, no sólo porque recuerdo perfectamente los hechos -lo que no te ocurre a ti, que has tenido que dar por buenas no pocas de mis rectificaciones- sino porque se basa en datos anotados al desarrollarse los acontecimientos y ampliados en una relación que hice hace unos 12 años, y de la que extracto lo siguiente sobre tu llamada telefónica a Londres el 5 Julio 1936:-

"A la hora anunciada sonó el teléfono. El Marqués de Luca de Tena abordó el tema con su habitual decisión. "Necesito", me dijo "que alquiles en Inglaterra un hidro o un aparato terrestre capaz de cubrir en vuelo directo la distancia desde Tenerife a Marruecos español. El avión debe ser el mejor y más seguro que encuentres. Para atender a los gastos, preséntate al Sr. Mayorga" -un español residente en Londres, alto empleado de una Casa inglesa de Banca- "que te dará libras suficientes para cubrir los que hayas de realizar."

"Mientras hablaba Juan Ignacio yo había cogido un lápiz y un papel, en el que apunté febrilmente las instrucciones que me comunicaba. Sin que me diera cuenta, mi mujer se había colocado junto a mí para seguir, con explicable interés, las anotaciones que yo hacía sin mas respuesta que la indispensable para expresar mi asentimiento y mi conformidad.

"El avión debe salir de Londres a tiempo para llegar a Casablanca el día 11 de este mes. Su dotación se alojará en el Hotel Carlton y allí esperará la visita de un enlace, que se dará a conocer con las palabras "Galicia saluda a Francia". Cuando se presente este enlace, el avión emprenderá nuevamente el vuelo, esta vez en dirección a Tenerife. Porque el objeto del viaje es trasladar desde Tenerife a Marruecos, con la mayor rapidez y seguridad, a una persona que se encuentra actualmente en aquella Isla."

"No me digas más", interrumpí. "Comprendo, comprendo perfectamente." En efecto, sabía yo, como sabían todos los españoles que se preocupaban por el Movimiento y pensaban en el Caudillo que habría de dirigirlo, que el General Franco se encontraba en Tenerife, como Comandante Militar de las Islas Canarias.

Pero Juan Ignacio no quería dejar duda posible y, sin hacerme el menor caso, prosiguió. "Esa persona es el General Franco. En cuanto llegue el avión a Tenerife, debes presentarte al Doctor Gabarda, Viera y Clavijo, 55, y decirle simplemente: "Galicia saluda a Francia. El avión está aquí."

A medida que escuchaba y anotaba, me iba poniendo más nervioso. Pensaba en la posibilidad de que nuestra conversación estuviese intervenida por escuchas británicas -en 1936 aún gozaba de prestigio el Intelligence Service inglés; pensaba también en la posibilidad de que nos estuviesen escuchando en Francia, donde mandaba el Frente Popular, y desde donde me hablaba Juan Ignacio, que bien podía estar vigilado a petición del Gobierno español.

Pero Juan Ignacio siguió impertérrito. "Cuando el General Franco lo disponga, el avión deberá transportarle en vuelo directo a Céuta, donde va a sublevar a la Legión. "Ahora bien", añadió, "si llega el 31 de Julio y no aparece en Casablanca el enlace a que me he referido antes, el aeroplano y sus tripulantes deberán regresar a Inglaterra. Su misión habrá terminado."

Recuerdo que esta eventualidad me contrarió sensiblemente; habían bastado los escasos minutos que llevábamos hablando para que el vuelo me pareciese la cosa más importante del mundo, y yo deseaba ya con todas mis fuerzas que se realizase y que tuviese éxito completo, lo mismo que sus consecuencias.

.....

Juan Ignacio repitió algunas de sus instrucciones y me dió el número de su teléfono en Biarritz, hecho lo cual nos despedimos, quedándome yo con el peso de la mayor responsabilidad que había conocido en mi vida.

Terminada la conferencia, mi mujer me preguntó con naturalidad aparente: "¿Qué quería Juan Ignacio?" A lo que contesté, haciendo un esfuerzo inútil hacia el misterio: "Nada, nada; no era nada...." "¿Cómo nada?", dijo ella entonces. "En España va a haber un Movimiento; por eso te ha pedido que busques un avión". Comprendí entonces que no había misterio posible, y desde ese momento mi mujer supo cuanto supe yo, guardándome el secreto y ayudándome con tal entusiasmo y eficacia, que hasta que salió de Londres para regresar a España fue uno de los colaboradores más valiosos del Alzamiento en Inglaterra."

Como ves, no recurro a la memoria para precisar hechos, y debo advertirte que en caso preciso podría apelar al testimonio de la persona a quien dicté, hace ya 12 años, la relación que he transcrito, a fin de demostrar que no había sido improvisada.

En segundo lugar tu versión, cuando afirmas que me comunicaste personalmente en el aeropuerto de Burdeos las instrucciones para el vuelo, no tiene sentido ni lógica. Al llamarme a Londres el 5 de Julio encargaste buscara "Un hidro o un aparato terrestre"; de haber sido un hidro, la entrevista en Burdeos no habría podido celebrarse. Por tanto tuviste razones comprensibles para decir por teléfono, al hablarme por vez primera, lo que efectivamente me dijiste del plan, sin esperar a que nos viésemos en Burdeos -contingencia problemática en cualquier caso, y que no habría surgido de haber utilizado un hidro, a cuya clase de aparato te inclinabas al principio, dada la posibilidad que ofrecía de amerizar en Céuta. De no ser cierto que me comunicaras a Londres por teléfono los detalles del plan, no habrías esperado para divulgármelos el problemático encuentro en Burdeos; se los habrías participado al pobre Juan de la Cierva cuando, a ruegos míos, lo viste en Maxim's, en París, sin aguardar que nos reuniésemos en el aeropuerto francés, que pudo haber estado cerrado a mi paso -a punto estuvo de cerrarse; llovía tanto, que aterrizamos en charcos de agua- por lo que lo natural, en todo caso, habría sido confiar las instrucciones a nuestro querido Juan, entre otras cosas para que yo no saliera de Londres sin conocer el alcance de una misión que -vamos, reconócelo!- jamás hubiera yo emprendido sin instrucciones para poder cumplirla. Descarta, por tanto, tu versión.

Comprendo, por ser humano, tu interés en poner de manifiesto que no cometiste ninguna "imperdonable ligereza" al intervenir en la preparación del vuelo. Pero voy a recordarte dos incidentes del mismo, en los que desempeñaste papel principal. Uno, el ya aludido encuentro en Burdeos. A su aeropuerto llegaste, no solo, ni acompañado únicamente del Marqués del Mérito -la única persona con motivos suficientes para recibirme allí; él tenía que seguir conmigo en el avión, y podía haberme entregado cualquier recado tuyo, verbal o escrito- sino con un grupo de amigos cuya presencia en aquél lugar y en aquellos momentos jamás he logrado explicarme: Fernando Zarco; un Gándara, casado con Inés Soriano y que al poco tiempo dió su vida por España; creo que Memel Santoña; no sé si algún otro (Pepe Mérito quizá lo recuerde). No olvido mi alegría al verme entre tantas caras amigas, ni mi consternación al darme cuenta de que mi bien guardado secreto era ya, a escasos kilómetros de nuestra frontera, un secreto compartido por personas faltas de todo motivo para conocerlo. Fué realmente necesario ir desde Biarritz a Burdeos con tantos amigos, para que presenciaran el paso de un avión cuyo vuelo convenía mantener en el más completo sigilo?

Segundo incidente: tu llamada telefónica desde no sé qué lugar de Francia -estando tú con Memel Santoña, y yo con Mérito; como ves, cito a otros- al hotel donde me hospedaba en Casablanca para repetirme las instrucciones y la consigna, "por si acaso se me habían olvidado". Tu llamada produjo en mi ánimo tal preocupación, que Mérito seguramente recuerda los esfuerzos que hizo para deshacerla o al menos, aliviarla, asegurándome que "no pasaría nada". No pasó nada, porque estaba de Dios que el vuelo saliera bien. España tenía que salvarse.

Pasemos ahora a la forma en que desarrollé la misión que se me había confiado, cosa que tan duramente criticas al cabo de los años mil. Bastaría, para justificarla, el éxito del vuelo, que a Dios gracias no pudo ser más completo; insólito resulta que se censuren procedimientos, cuando logran la finalidad perseguida. Pero trataré de explicarme.

.....

Me quedé en Casablanca por dos razones, decisivas ambas a mi juicio para justificar mi decisión de no llegar hasta las Canarias. Yo era conocido en esas Islas, cuyos diarios habían dedicado pocos años antes páginas enteras a la visita que como Delegado Regional del Turismo les hice, y en las que el recuerdo de mi nombre perduraba con toda probabilidad, dada la frecuencia con que aparecía en ABC al pie de crónicas y despachos, en modo alguno favorables a la República. Delegado del Turismo en tiempos de Primo de Rivera, corresponsal de ABC en aquéllos instantes, mi llegada a las Canarias en los precursores de un Movimiento Nacional podría haber alertado al Gobernador Civil, induciéndole incluso, si era hombre decidido -el de Las Palmas lo era- a darle unas pesetas a un golfo para que, "por si las moscas", le pegara fuego a mi aparato. Convengamos en que desde el peculiar punto de vista del Gobernador, semejante paso no habría sido un desacierto! Comprendes por qué hice bien en no ir a Canarias, limitándome a enviar un avión perfectamente camuflado por sus ocupantes, dos inglesas y tres ingleses?

Y no me reproches el haber confiado a un extranjero "con todos sus detalles" la misión que yo había aceptado, porque ni yo hice tal cosa, ni tú tienes motivo para afirmarlo. Ni de lejos incurri en la estupidez que me atribuyes; lo que hice (el propio Dr. Gabarda ha dado fe de ello en ABC del 27 Agosto, pag. 12) fué pedir a quien me constaba no habría de fallarme que al llegar a Canarias se trasladara a Tenerife y dijera a cierto médico "el avión ha llegado"; muchas veces en la historia se ha notificado a un señor que el coche estaba en la puerta, sin que el que diera este recado sospechara el alcance del mismo. Ningún ocupante del avión, salvo Mérito y yo, supo nunca que se tramara nada, mucho menos que el General Franco estuviese siquiera en las Canarias o que fuese a utilizar el aparato para dirigir un Movimiento a punto de estallar en España.

Queda algo de tus insinuaciones a mi respecto? Sí, algo queda: tu infundada extrañeza ante el hecho de que yo permaneciese en Casablanca para servir de enlace. Qué habría sucedido de no haber hecho yo esto, precisamente esto? Dime tú quién -dónde, cuándo y cómo- hubiera podido determinar, a falta mía, el lugar preciso en el que había de aterrizar finalmente el General Franco. Mis instrucciones eran que esperase en Casablanca la llegada de un enlace que, tras la consabida consigna, me diría lo que el avión debía hacer. Nada más. El enlace no llegó nunca, porque al día siguiente de aterrizar nosotros en Casablanca fuimos al apartamento de Calvo Sotelo. El momento de actuar había llegado, y decidí sin más enviar el aparato a las Canarias. Me quedé para sustituir al enlace y para determinar el lugar donde habría de aterrizar, finalmente, el General Franco.

Para darte idea de cómo estaba el cotarro en aquéllos momentos candentes, diré que el aerodromo de Tetuán, al que llegamos el 19 de Julio a las 7 de la mañana, hubo de ser ocupado la víspera a cañonazos por los nuestros, y que en el de Tánger, donde en principio habíamos de aterrizar, nos esperaban unos pistoleros. Porque me quedé en Casablanca, actuando de enlace con el Marqués del Mérito, las cosas salieron bien. Mérito prestó un servicio inestimable -el de informarme día por día, utilizando en español, francés e inglés un lenguaje convenido, acerca de cuanto tenía yo que saber para decidir con seguridad de acierto, como hice, el lugar exacto en que mi avión aterrizaría con garantías plenas para que el General tomara el mando del Ejército español en Marruecos, sin lo cual la historia de nuestra Cruzada estaría hoy escrita en forma muy distinta a aquella en que, para bien de España, ha sido posible escribirla.

Contesté a tu entrevista, porque en ella me atribuías una intervención en los preparativos del vuelo distinta a la que en realidad tuve; quizá debiera contestar tu réplica a mis aclaraciones, ya que tan mal parado me dejas en ellas. Pero detesto las polémicas públicas, y por eso me limito ahora a escribirte particularmente, enviando copia de mi carta a algunas personas ante las cuales creo debo justificar mi actuación, precisando la verdad de los hechos. Lamento se haya borrado de tu memoria, y que por ello me acuses, sin motivo ni conocimiento de causa, de estupideces insignes, o cosas peores. No me explico tus recriminaciones al cabo de los años, porque tengo muy vivo el recuerdo del entusiasmo con que me recibiste al llegar a Biarritz el 20 de Julio de 1936, procedente de Tetuán y de Lisboa, cumplida ya mi misión principal y en vías de acometer, con igual fortuna para nosotros, otra de gran trascendencia. Entonces saliste de casa de Paco Andes con los brazos abiertos para abrazarme, gritando "Muy bien! Bravo! Muy bien!" Menos mal que fué entonces, y no ahora, cuando tuviste razón.

Te saluda tu buen amigo,

Luis A. Bolín